

He venido por dos razones

I have come for two reasons

Dr. Dario Pacheco Ceballos ¹



Imagen generada usando Meta AI.

- He venido por dos razones, doctor. Una, para conocerlo. No sabe cuántas ganas tenía de hacerlo personalmente, porque en pensamientos y desvelos, de sobra lo conocía ya... Y la otra, para solucionar mi desgracia de una vez por todas.
- Empecemos por lo primero: hace más de un año, un año, dos meses, una semana y tres días para ser exactos, no he dejado de pensar un solo instante de mi vida en Ud. doctor. Desde el mismo momento en que me levanto, no, en que me despierto, porque no se puede despertar cuando no se ha dormido, no hago otra cosa distinta que pensar en Ud. Y lo mismo en las noches, desde que me acuesto, no para dormir, porque el dormir se volvió cosa del pasado, solo logro soñar despierto con Ud. doctor... Por eso creo que lo conozco tanto, ve-

Y haciendo una pausa se acomodó en el sillón.

Era de mediana estatura y debía rondar los cuarenta años, pero un aspecto cansado y algo descuidado le hacía parecer mayor. La cabellera lucía

¹ Médico Internista, Neumólogo. Miembro Honorario Asociación Colombiana de Medicina Interna (ACMI). Miembro de número Asociación Colombiana de Neumología y Cirugía de Tórax (Astoneumocito)

crecida y desordenada. Una barba rala de varios días y unas ojeras profundas le daban un aspecto enfermizo y agotado que consumaba con una bufanda de paño negro enrollada de cualquier forma a su cuello. Su corbata estaba floja y torcida, y suelto el botón del cuello de la camisa. Unas finas escamillas de caspa relucían en la solapa de su traje negro.

Al cabo de unos segundos interminables de pausa que le permitió al médico contemplarlo en detalle, prosiguió su monólogo:

- Le he imaginado muchas veces en sus largas y extenuantes jornadas de consulta atendiendo con cortesía y buenos modales a sus pacientes. Ella así me lo dijo... y creo que no estaba equivocada a juzgar por la ocasión.

También lo he visto en las noches por los fríos pasillos del hospital cumpliendo su rutina de visitar a los pacientes hospitalizados, con su impecable blusa blanca, su corbata bien centrada y una sonrisa oportuna, como si recién saliera de casa. Lo he seguido muchas veces por los largos corredores del hospital sin que Ud. lo notara. Es fácil verlo en su sitio de trabajo e imaginarlo en su labor. ¡Claro! Por supuesto, me cuesta más trabajo imaginarlo en otras circunstancias. Aún así, muchas veces lo he imaginado en su casa, sin corbata, quizá en pantuflas, leyendo o viendo una película... No sé si tenga familia, en todo caso yo me he inventado una para usted. Una familia conformada por una solícita esposa y dos hijos. A ellos les dedica el poco tiempo disponible que le dejan sus enfermos...

Luego de una pausa en la que se quedó mirando perdidamente algún lugar en sus recuerdos, prosiguió:

- Nosotros no tuvimos hijos. No porque no deseáramos, simplemente esperábamos un mejor momento... Frunció las cejas y templó la comisura de sus labios mientras meneaba ligeramente la cabeza en un gesto de negación o incredulidad.
- ¿Sabe?, cuando tengo mejor ánimo, en esos pequeños y escasos momentos de sosiego en que acudo al parque, a su parque, y lo veo a usted, absorbo en sus pensamientos, caminando lenta y tranquilamente ajeno a mis tormentos e indiferente a mi angustia

y a mí desespero. Y hasta puedo escuchar el crujir de las hojas muertas cuando Ud. las pisa al pasar frente a mí, con su tranquilidad inmerecida y su descuido impune. Y usted no me mira, o no me ve, y tengo que hacer un esfuerzo para no increparlo y preguntarle por mis sentimientos y exigirle que aclare mis dudas... Pero no, usted pasa indiferente y desaparece dejándome con mi angustia y mi ira contenida.

El médico, desconcertado, hacía un esfuerzo en entender lo que escuchaba, pero tan solo atinaba a observar a ese desesperado paciente agobiado y confundido.

Y por primera vez desde que inició la consulta, levantó la mirada de sus rodillas y fijándola en los ojos del médico, le preguntó:

- ¿Se acuerda de Ella?... No. Es imposible que pueda hacerlo con tanto paciente que tiene usted doctor.... Usted debe tener su hoja clínica en el archivo, pero no, no se moleste en buscarla, no es necesario. La consulta es para mí...

Y volvió a posar su mirada en la profundidad de su tristeza.

- Ella vino por primera vez a este consultorio hace un año y once meses y algunos días, doce para ser exactos. ¿Recuerda? Ella era muy hermosa... O, en honor a la verdad, una mujer que podríamos llamar del promedio: no muy alta, quizá con algo de sobrepeso, rubia, de sonrisa fácil y muy feliz... Para mí, hermosa. La más hermosa de todas. Le consultó a usted doctor, por un dolor abdominal. Y usted la escuchó con atención, le preguntó lo necesario, la examinó en detalle y le prescribió un tratamiento que la aliviaría. Y Ella, sabe, salió feliz de la consulta porque tenía un mal presentimiento de sus dolencias. El tratamiento surtió el efecto deseado por un corto tiempo. Cuando recayó retornó en su ayuda. Y usted le recomendó repetir el tratamiento pues la recurrencia era la característica de su mal. Y Ella, con toda la confianza, así lo hizo. Ella creía en usted doctor... Le tenía mucha fe... Pero esta vez el resultado no fue tan bueno o, mejor dicho, no fue bueno y esto usted no lo sabía. No tenía por

qué saberlo porque ella no volvió. No pudo volver. Los dolores se incrementaron progresivamente por que el cáncer se había extendido sin control... Se lo diagnosticaron en otro sitio... De esto hace un año, dos meses, una semana y tres días... Un año, dos meses, una semana y tres días en que no he podido dejar de pensar en usted doctor... ¿Ahora sí me entiende...? ¿Ahora sí comprende mi angustia y mi desespero...?

Guardó silencio unos segundos para contener el llanto. Luego de deglutir su tristeza, continuó:

- Y en todas estas largas, solitarias y frías noches de desvelo y angustia, lo he matado a Ud. doctor, una y mil veces. Lo he matado en todas las formas posibles, desde las más sencillas e ingenuas, hasta las más terribles y tormentosas que mi mente ofuscada y sedienta de venganza haya concebido. Y siempre que lo hago, no importa en qué forma, usted renace de nuevo y entonces tengo que matarlo otra vez, de otra manera y en circunstancias distintas. Me he inventado las muertes más lentas y terribles que jamás algún mortal haya padecido. He imaginado suplicios eternos y agonías sin fin y hasta de risa y cosquillas quise matarlo la otra noche. He leído textos de medicina para encontrar las más dolorosas

y terribles enfermedades de las cuales se moriría usted. Doctor y lo he visto sufrirlas al pie de la letra, síntoma por síntoma, sin saltarse ningún un renglón. Y también he consultado libros de la santa inquisición y las biografías de los mártires cristianos para buscar horrendas alternativas de muerte y, en cuanto catálogo he conseguido, he recorrido las tétricas salas de los museos de torturas que existen en Europa para ver si matándolo con más realismo y menos imaginación la cosa funciona mejor. Pero no. No. Ninguna funciona. Todo es inútil. Siempre lo mismo, doctor. Ud. sigue vivo en mi cabeza.

- Por eso he venido, doctor. Primero, a conocerlo, y segundo, a solucionar mi tragedia: ¡He venido a matarlo de una vez por todas!-. Sus ojos llenos de llanto y odio se encontraron con los aterrados del médico... Y abriéndose la chaqueta extrajo de su pretina una pequeña pistola.

El médico no tuvo tiempo de reacción. El ruido de la descarga retumbó en el consultorio y dejó un eco cada vez más apagado perdiéndose en el espacio.

El disparo no pudo ser más certero. Penetró por la sien derecha y le destrozó el cerebro y la conciencia en donde tenía metido al médico.